



# BANCO FRANCES

Supervielle & Cia.

(SOCIETAD COLETOVIA)

ESTABELEGIDO EN EL AÑO 1917

423 - 25 DE MAYO - 427  
MONTEVIDEO

Efectúa toda clase de operaciones bancarias, en el País y con todas las plazas del mundo.

Sus respectivas Secciones, atienden todo lo relacionado con la

ADMINISTRACION de PROPIEDADES URBANAS y RURALES

REMADE DE FINCAS, CAMPOS y TERRENOS  
ALQUILER de CAJAS de SEGURIDAD (COFFRES FORTS)

DEPÓSITOS de Dinero en ALCANCIAS.  
REPRESENTACIONES en GENERAL, etc., etc.

CASA EN BUENOS AIRES  
SUPERVILLE Y CIA  
150 SAN MARTIN Y PASAJE GUEMES

JUAN M. GORLERO,  
Gerente

Por qué la Sangre Roja rica en Hierro ayuda a formar Mujeres Fuertes, Sanas y Hermosas

En tanto que la falta de Hierro las hace Dibiles, Nerviosas, Goticas y Decaidas.



La sangre rica en hierro es una preparación que contiene hierro y vitamina C. Ayuda a fortalecer el organismo y prevenir enfermedades.

EL AMIGO DEL OBRERO

de uno, palpitando dentro de su sonrisa. Un enorme gorro de terciopelo negro con que siempre lleva en su cabeza, daba gravedad de maestro y autoridad que plega a la infantil fisionomía del bueno de don Demetrio Marangas y de la Herencia, que así se llamaba el venerable sujeto de nuestro cuento.

Como aún en dicha plaza de San Pedro de la ciudad de Ayllá no se verificaba el mercado de granos, don Demetrio contaba allí con más compañía que la de las gallinas del vecindario que picoteaban por el suelo, y a los niños que jugaban, siempre con su regocijo y alboroto. Sin embargo, de vez en cuando iba a visitarle tal cual mozoleté de los que lo eran aficionados, por serlo a saber algo de las cosas antiguas y pasadas historias, en todo lo cual era sabiduría viviente don Demetrio, que como un libro viejo puesto en el estante, él se hallaba en la silla, dispuesto siempre a complacer a la curiosidad de quien fuere a interrogarle.

— Por qué llaman a este siglo el siglo de las luces? — preguntóle uno.

— Piénsome que ha de ser dicho para burla — replicó el anciano, — porque no habrá habido, ni siquiera anterior a los siglos cristianos, ninguno en que haya mayor obscuridad, porque los hombres judan a tropezones como los ciegos, porque carecen de creencias, y esto es como estar en las sombras más densas, y en la más negra tiniebla.

El poeta Bretón, que siempre fue de mi gusto, llamó a este siglo XIX "el siglo del vapor y del buen tono".

— Se ensaña usted, señor, demasiado contra el siglo en que tantos progresos se han visto y se ven — le contestaron.

— No, si yo niego que habido grandes adelantos. Ya veis, cuando yo era mozo, ni aun se hablaba todavía de este invento del ferrocarril. Si, y materialmente, bien, puede asegurarse que no está mal llamado siglo de las luces. Os voy a contar lo que acerca de esto, ya sólo yo sé poder referir. Hace mucho tiempo, y no quiero esforzarme en precisar el año, porque no se halla la fecha muy asegurada en mi memoria, vivía en una de estas casas de la plaza, en un joven abogado, llamado don Sebastián Quiñones; era hombre de desahogada posición, y estaba casado con doña Marquita Rubíos, y eran muy queridos en la ciudad, pues muchos nos contábamos con sus amigos, y casi todas las noches acudían a su tertulia a rezar el Rosario, en reunión, a jugar a la Pergola y a otros más inocentes juegos. En esta época a que me refiero, aún no se habían levantado esas casas construidas a la moderna que hoy en el Mercado Grande, y entre éste y nuestra plazuela la hermosa iglesia románica de San Pedro, que tan gallardamente conserva sus campanas el aviso para poner fin a la tertulia. Salimos de las casas y de la misma modo que habíamos ido a ella, precedidos por nuestros criados con sendos faroles, nos retirábamos a las mesas, y bien pudieron decirnos que el tiempo era de rutina, de agradable, de silecio, de monotonía, de ociosidad. Sin embargo, dí a la noche, los amigos se quedaron en la ciudad, porque el tiempo era de fiesta, de placer, de diversión, de alegría.

— Se ensaña usted, señor, demasiado contra el siglo en que

tantos progresos se han visto y se ven — le contestaron.

— No, si yo niego que habido grandes adelantos. Ya veis, cuando yo era mozo,

ni aun se hablaba todavía de este invento del ferrocarril. Si, y materialmente, bien, puede

asegurarse que no está mal llamado siglo de las luces. Os voy a contar lo que acerca de esto, ya sólo yo sé poder referir. Hace

mucho tiempo, y no quiero esforzarme en precisar el año, porque no se halla la fecha muy

asegurada en mi memoria, vivía en una de estas casas de la plaza, en un joven abogado, llamado don Sebastián Quiñones; era hombre de desahogada posición, y estaba casado con doña Marquita Rubíos, y eran muy queridos en la ciudad, pues muchos nos contábamos con sus amigos, y casi todas

las noches acudían a su tertulia a rezar el Rosario, en reunión, a jugar a la Pergola y a otros más inocentes juegos. En esta época a que me refiero, aún no se habían levantado esas casas

construidas a la moderna que hoy en el Mercado Grande, y entre

éste y nuestra plazuela la hermosa iglesia románica de San Pedro, que tan gallardamente conserva sus campanas el aviso para poner fin a la tertulia. Salimos de las casas y de la misma modo que habíamos ido a ella, precedidos por nuestros criados con sendos faroles, nos retirábamos a las mesas, y bien pudieron decirnos que el tiempo era de rutina, de agradable, de silecio, de monotonía, de ociosidad. Sin embargo, dí a la noche, los amigos se quedaron en la ciudad, porque el tiempo era de fiesta, de placer, de diversión, de alegría.

— Se ensaña usted, señor, demasiado contra el siglo en que

tantos progresos se han visto y se ven — le contestaron.

— No, si yo niego que habido grandes adelantos. Ya veis, cuando yo era mozo,

ni aun se hablaba todavía de este invento del ferrocarril. Si, y materialmente, bien, puede

asegurarse que no está mal llamado siglo de las luces. Os voy a contar lo que acerca de esto, ya sólo yo sé poder referir. Hace

mucho tiempo, y no quiero esforzarme en precisar el año, porque no se halla la fecha muy

asegurada en mi memoria, vivía en una de estas casas de la plaza, en un joven abogado, llamado don Sebastián Quiñones; era hombre de desahogada posición, y estaba casado con doña Marquita Rubíos, y eran muy queridos en la ciudad, pues muchos nos contábamos con sus amigos, y casi todas

las noches acudían a su tertulia a rezar el Rosario, en reunión, a jugar a la Pergola y a otros más inocentes juegos. En esta época a que me refiero, aún no se habían levantado esas casas

construidas a la moderna que hoy en el Mercado Grande, y entre

éste y nuestra plazuela la hermosa iglesia románica de San Pedro, que tan gallardamente conserva sus campanas el aviso para poner fin a la tertulia. Salimos de las casas y de la misma modo que habíamos ido a ella, precedidos por nuestros criados con sendos faroles, nos retirábamos a las mesas, y bien pudieron decirnos que el tiempo era de rutina, de agradable, de silecio, de monotonía, de ociosidad. Sin embargo, dí a la noche, los amigos se quedaron en la ciudad, porque el tiempo era de fiesta, de placer, de diversión, de alegría.

— Se ensaña usted, señor, demasiado contra el siglo en que

tantos progresos se han visto y se ven — le contestaron.

— No, si yo niego que habido grandes adelantos. Ya veis, cuando yo era mozo,

ni aun se hablaba todavía de este invento del ferrocarril. Si, y materialmente, bien, puede

asegurarse que no está mal llamado siglo de las luces. Os voy a contar lo que acerca de esto, ya sólo yo sé poder referir. Hace

mucho tiempo, y no quiero esforzarme en precisar el año, porque no se halla la fecha muy

asegurada en mi memoria, vivía en una de estas casas de la plaza, en un joven abogado, llamado don Sebastián Quiñones; era hombre de desahogada posición, y estaba casado con doña Marquita Rubíos, y eran muy queridos en la ciudad, pues muchos nos contábamos con sus amigos, y casi todas

las noches acudían a su tertulia a rezar el Rosario, en reunión, a jugar a la Pergola y a otros más inocentes juegos. En esta época a que me refiero, aún no se habían levantado esas casas

construidas a la moderna que hoy en el Mercado Grande, y entre

éste y nuestra plazuela la hermosa iglesia románica de San Pedro, que tan gallardamente conserva sus campanas el aviso para poner fin a la tertulia. Salimos de las casas y de la misma modo que habíamos ido a ella, precedidos por nuestros criados con sendos faroles, nos retirábamos a las mesas, y bien pudieron decirnos que el tiempo era de rutina, de agradable, de silecio, de monotonía, de ociosidad. Sin embargo, dí a la noche, los amigos se quedaron en la ciudad, porque el tiempo era de fiesta, de placer, de diversión, de alegría.

— Se ensaña usted, señor, demasiado contra el siglo en que

tantos progresos se han visto y se ven — le contestaron.

— No, si yo niego que habido grandes adelantos. Ya veis, cuando yo era mozo,

ni aun se hablaba todavía de este invento del ferrocarril. Si, y materialmente, bien, puede

asegurarse que no está mal llamado siglo de las luces. Os voy a contar lo que acerca de esto, ya sólo yo sé poder referir. Hace

mucho tiempo, y no quiero esforzarme en precisar el año, porque no se halla la fecha muy

asegurada en mi memoria, vivía en una de estas casas de la plaza, en un joven abogado, llamado don Sebastián Quiñones; era hombre de desahogada posición, y estaba casado con doña Marquita Rubíos, y eran muy queridos en la ciudad, pues muchos nos contábamos con sus amigos, y casi todas

las noches acudían a su tertulia a rezar el Rosario, en reunión, a jugar a la Pergola y a otros más inocentes juegos. En esta época a que me refiero, aún no se habían levantado esas casas

construidas a la moderna que hoy en el Mercado Grande, y entre

éste y nuestra plazuela la hermosa iglesia románica de San Pedro, que tan gallardamente conserva sus campanas el aviso para poner fin a la tertulia. Salimos de las casas y de la misma modo que habíamos ido a ella, precedidos por nuestros criados con sendos faroles, nos retirábamos a las mesas, y bien pudieron decirnos que el tiempo era de rutina, de agradable, de silecio, de monotonía, de ociosidad. Sin embargo, dí a la noche, los amigos se quedaron en la ciudad, porque el tiempo era de fiesta, de placer, de diversión, de alegría.

— Se ensaña usted, señor, demasiado contra el siglo en que

tantos progresos se han visto y se ven — le contestaron.

— No, si yo niego que habido grandes adelantos. Ya veis, cuando yo era mozo,

ni aun se hablaba todavía de este invento del ferrocarril. Si, y materialmente, bien, puede

asegurarse que no está mal llamado siglo de las luces. Os voy a contar lo que acerca de esto, ya sólo yo sé poder referir. Hace

mucho tiempo, y no quiero esforzarme en precisar el año, porque no se halla la fecha muy

asegurada en mi memoria, vivía en una de estas casas de la plaza, en un joven abogado, llamado don Sebastián Quiñones; era hombre de desahogada posición, y estaba casado con doña Marquita Rubíos, y eran muy queridos en la ciudad, pues muchos nos contábamos con sus amigos, y casi todas

las noches acudían a su tertulia a rezar el Rosario, en reunión, a jugar a la Pergola y a otros más inocentes juegos. En esta época a que me refiero, aún no se habían levantado esas casas

construidas a la moderna que hoy en el Mercado Grande, y entre

éste y nuestra plazuela la hermosa iglesia románica de San Pedro, que tan gallardamente conserva sus campanas el aviso para poner fin a la tertulia. Salimos de las casas y de la misma modo que habíamos ido a ella, precedidos por nuestros criados con sendos faroles, nos retirábamos a las mesas, y bien pudieron decirnos que el tiempo era de rutina, de agradable, de silecio, de monotonía, de ociosidad. Sin embargo, dí a la noche, los amigos se quedaron en la ciudad, porque el tiempo era de fiesta, de placer, de diversión, de alegría.

— Se ensaña usted, señor, demasiado contra el siglo en que

tantos progresos se han visto y se ven — le contestaron.

— No, si yo niego que habido grandes adelantos. Ya veis, cuando yo era mozo,

ni aun se hablaba todavía de este invento del ferrocarril. Si, y materialmente, bien, puede

asegurarse que no está mal llamado siglo de las luces. Os voy a contar lo que acerca de esto, ya sólo yo sé poder referir. Hace

mucho tiempo, y no quiero esforzarme en precisar el año, porque no se halla la fecha muy

asegurada en mi memoria, vivía en una de estas casas de la plaza, en un joven abogado, llamado don Sebastián Quiñones; era hombre de desahogada posición, y estaba casado con doña Marquita Rubíos, y eran muy queridos en la ciudad, pues muchos nos contábamos con sus amigos, y casi todas

las noches acudían a su tertulia a rezar el Rosario, en reunión, a jugar a la Pergola y a otros más inocentes juegos. En esta época a que me refiero, aún no se habían levantado esas casas

construidas a la moderna que hoy en el Mercado Grande, y entre

éste y nuestra plazuela la hermosa iglesia románica de San Pedro, que tan gallardamente conserva sus campanas el aviso para poner fin a la tertulia. Salimos de las casas y de la misma modo que habíamos ido a ella, precedidos por nuestros criados con sendos faroles, nos retirábamos a las mesas, y bien pudieron decirnos que el tiempo era de rutina, de agradable, de silecio, de monotonía, de ociosidad. Sin embargo, dí a la noche, los amigos se quedaron en la ciudad, porque el tiempo era de fiesta, de placer, de diversión, de alegría.

— Se ensaña usted, señor, demasiado contra el siglo en que

tantos progresos se han visto y se ven — le contestaron.

— No, si yo niego que habido grandes adelantos. Ya veis, cuando yo era mozo,

ni aun se hablaba todavía de este invento del ferrocarril. Si, y materialmente, bien, puede

asegurarse que no está mal llamado siglo de las luces. Os voy a contar lo que acerca de esto, ya sólo yo sé poder referir. Hace

mucho tiempo, y no quiero esforzarme en precisar el año, porque no se halla la fecha muy

asegurada en mi memoria, vivía en una de estas casas de la plaza, en un joven abogado, llamado don Sebastián Quiñones; era hombre de desahogada posición, y estaba casado con doña Marquita Rubíos, y eran muy queridos en la ciudad, pues muchos nos contábamos con sus amigos, y casi todas

las noches acudían a su tertulia a rezar el Rosario, en reunión, a jugar a la Pergola y a otros más inocentes juegos. En esta época a que me refiero, aún no se habían levantado esas casas

construidas a la moderna que hoy en el Mercado Grande, y entre

éste y nuestra plazuela la hermosa iglesia románica de San Pedro, que tan gallardamente conserva sus campanas el aviso para poner fin a la tertulia. Salimos de las casas y de la misma modo que habíamos ido a ella, precedidos por nuestros criados con sendos faroles, nos retirábamos a las mesas, y bien pudieron decirnos que el tiempo era de rutina, de agradable, de silecio, de monotonía, de ociosidad. Sin embargo, dí a la noche, los amigos se quedaron en la ciudad, porque el tiempo era de fiesta, de placer, de diversión, de alegría.

— Se ensaña usted, señor, demasiado contra el siglo en que

Esperábamos la llegada del coche de Madrid en el día correspondiente, y por fin, supimos que el coche había llegado y en él don Sebastián, y que aquella noche nos esperaba en casa para mostrarnos aquello, sorprendente por lo misterioso de que en sus cartas nos había hablado.

Alegamos, en efecto, a la hora convenida; las señoras estrecharon suavemente la mano de don Sebastián, y los hombres le abrazaron, felicitándole aquellas y nosotros por su feliz regreso, que entonces hasta un viaje de Avila a Madrid valía casi lo mismo que media vuelta al mundo.

— Vaya, vaya, y ¿cómo anda la corte? — preguntó don Pedro el boticario.

— Muy animada — contestó don Sebastián.

— ¿Ha visto usted cerca de la Puerta del Sol? — le dijo el señor deán. — Oíría usted misma en la iglesia del Buen Suceso?

— Recuerdo — añadió don Demetrio — que al hablar de esto vino a cuenta hablar de un capellán amigo, y por ello al amigo de todos, y que asistía en la referida iglesia, y con este motivo, por ser dicho sacerdote muy aficionado a llevar cuenta de los adelantos que en las Ciencias y las Artes se hacían en el extranjero, preguntó al boticario si aún seguía el capellán creyendo la parraña de que en Inglaterra se había inventado una máquina para que rodasen los coches sin necesidad de caballos ni mulas, si no sólo por la fuerza de una enorme olla de agua hirviendo que arrastraba detrás de sí seis, siete o más carriajes.

Del entonces, al parecer de todos, supuesto invento, el señor deán era el que tenía más noticias, que él había leído en una "Gaceta" de Francia, por ser él de los pocos hombres que por aquel tiempo entendía la lengua de Francia. El nos dijo que, parraña o no parraña, como cierto se hablaba del caso en los papeles extranjeros. A la máquina la llamaban locomotoria.

— No te viene mal a eso la palabra loco con el adjetivo de inotora, que, o muy topo soy, o es cosa que pone en movimiento a todos los locos. Porque, ¿en qué cabeza cabe que una olla grande, mayor que una diligencia y provista de ruedas y llena de agua y con un hornillo de fuego para que hierva, puede arrastrar por un camino qué sé yo cuántos coches. Vaya un embuste — dijo el incrédulo y burlón de don Pedro.

Con este motivo asaltaron sobre el caso armando guirigay, risas, chistes, observaciones vulgarísimas, el mismo parloteo y bullicio que venían produciendo siempre que se hablaba de aquél, para ellos, quíntico invento. Doña Pascualita, una viejecita rezadora, manejó tan sólo para ir pasando las cuentas de su rosario o los puntitos tejidos por agujas de hacer media, achacaba al demonio el invento del ferrocarril.

Por mi parte, he de confesar que no dudaba del invento; pero que me parecía imposible que aquello pudiera tener fácil aplicación, porque lo que yo me decía: ¿Cómo hallar tanto hierro con tanto necesario para extender por los caminos, desde Ma-

drid a París, de París a Alemania, de Alemania a Turquía, las dos barritas paralelas o rallas, como las llaman, sobre las que habían de rodar la locomotora y los coches? Esto, sin contar el número de herreros que sería necesario reunir para que forjaran y clavarán dichas barritas. Además, según observación de otro de los incrédulos contertulios, no habría de resultar floja la rueda del que fuera dándole al soporte para avivar la lumbre a fin de que no dejase de hervir el agua. Doña Pascualita, por su parte, entre aterrada y burlona, manifestó la curiosa idea de que bien podría llenarse la olla de modo que fuera podrida, para que además diera el provecho de un buen cocido.

A punto todas estas supersticiones y sandeces, porque así se hablaba entonces por la mayor parte de la gente, y aun estas dudas y terrores justificados estaban, no tanto por lo sorprendente y maravilloso del invento de que se nos hablaba sin que nadie tratara de explicarnos en qué se fundaba y cuál había de ser la manera fácil de su aplicación.

Cuanto hemos dicho de la conversación de los tertulios pasó rápidamente, y todos volvieron a sentir la viva curiosidad por ver el portento que nuestro antiguo había traído de Madrid. Primero, había que rezar el Rosario. Se rezó. Por aquella noche se suspendió la peregrina y otros juegos. Sebastián dispuso que las señoras se colocaran a un lado de la sala y los caballeros al lado opuesto. Hecho esto, en uno y otro grupo, impresionados todos por la importancia del misterio, prodigóse en voz muy baja animado eufórico. Una moza, cumpliendo órdenes de su amo, apagó, soplo a soplo, las velas de los candelabros de una consola, y cogiendo la cazoleta de porcelana en que había un mazo de pajaruelas de azúfre que con un velón de ocho mecheros hallábase en el centro de la amplia camilla, y llevándose con prisas dicha velón, quedó completamente a oscuras la estancia.

— ¡Ay! — exclamó compungidamente doña Pascualita; — ya sé que yo que se trataba de alguna bruja.

— ¡Ay! mi señora doña Pascuala — exclamó Sebastián; — no es mucha la caridad de su merced en creer que yo ando en brujerías. Lo que aquí traigo es cosa que merqué en Madrid, costóme ocho cuartos y viene en una cajita muy lindamente hecha de cartón. Veálo lo que es.

Prodigió un ruido de raspar una cosa en otra, en repentina; un truenecillo y iluminóse la estancia y todos viéronlo con asombro que en la mano de Sebastián una blanca y diminuta velita, un poco más gruesa, pero no más larga que un alfiler ardía produciendo una llama clarísima, azulada, llama más resplandeciente y radiante que las de los mechones de los velones y que las de las velas de cera.

Eran los primeros farofos, candelillas o cerillas, que habían de sustituir a las azuzadas pajaruelas. Fueron recibidos con gran curiosidad y aceptados con recelo, como una cosa peligrosa que

fácilmente se inflamaba y podía producir un incendio al menor descuido que con ellos se tuviese.

— Ya veis cómo yo he presentado la aparición de esta novedad, cómo luego asistí a la del primer quinqué de aceite, después a la introducción del quinqué de petróleo, a la de las lamparillas de lucilina, más tarde a la del gas del alumbrado público, y en la feria de Valladolid, no hace mucho, después de los fuegos artificiales, vi la luz eléctrica, así tan clara como la del sol. Mas la luz eléctrica dura muy poco, eso nunca podrá servir en las casas y en las ciudades.

Y asistía melanómicamente don Demetrio; — Pues, bien; con tantas luces, bien lo veis en estos tiempos de revolución, vosotros jóvenes, y yo que ya paso de los noventa años: el indecentismo religioso, el protestantismo y el ateísmo han apagado la luz de la fe en nuestra querida España, y tan difícil es que vuelva esta luz como que se pueda sostener más de una hora la luz eléctrica...

Cuántas veces en estos días, al ir a depositar una corona en el sepulcro del viejo don Deinetrio, uno de sus amigos exclama:

— Si al mundo volviesen te asombrarías de ver cómo el hombre, a quien Dios ha dotado del poder de descubrir las causas segundas, a las cuales se deben descubrimientos e invenciones, ha dado permanencia e infinita visibilidad a la luz eléctrica, y cómo él, que es la causa primera y fundamental de todo, ha hecho con su infinita misericordia que vuelva a brillar y con mayor resplandor e irradiación poderoso renacimiento del catolicismo sa la luz de la Fe en este portentoso renacimiento del catolicismo de su amio, apagó, soplo a soplo, las velas de los candelabros de una consola, y cogiendo la cazoleta de porcelana en que había un mazo de pajaruelas de azúfre que con un velón de ocho mecheros hallábase en el centro de la amplia camilla, y llevándose con prisas dicha velón, quedó completamente a oscuras la estancia.

— ¡Ay! — exclamó compungidamente doña Pascualita; — ya sé que yo que se trataba de alguna bruja.

— ¡Ay! mi señora doña Pascuala — exclamó Sebastián; — no es mucha la caridad de su merced en creer que yo ando en brujerías. Lo que aquí traigo es cosa que merqué en Madrid, costóme ocho cuartos y viene en una cajita muy lindamente hecha de cartón. Veálo lo que es.

Prodigió un ruido de raspar una cosa en otra, en repentina; un truenecillo y iluminóse la estancia y todos viéronlo con asombro que en la mano de Sebastián una blanca y diminuta velita, un poco más gruesa, pero no más larga que un alfiler ardía produciendo una llama clarísima, azulada, llama más resplandeciente y radiante que las de los mechones de los velones y que las de las velas de cera.

Llegaron 179 bolsas por vía terrestre y 107 idm por idm fluvial.

Desde el primer de enero aquí tenemos un total de 218845 bolsas.

Se cotiza con mercado corriente y precios flojos, obteniéndose por el común bueno a superior \$ 650 y los cuarentenos de \$ 710.

Maiz

No hubo arribos.

En el correr del año asciende lo llegado por todas las vías a 109300 bolsas.

Mercado paralizado y sin precios.

Forrajes

Continuamos con plaza encalmada y precios flojos.

LAS ENTRADAS DE AYER

Trigo

Por la Estación Central:

R. E. Buler 105 bolsas, M. H. del Uruguay 149, F. B. Helguera 28, B.

y salvia 45, V. Nicolini 100, E. F. Peirano 602, Podeval y Cia. 915, L. Urán 125, Ray Achard 150, R. Ames 149, Total: 2128 bolsas.

Por Estación Villa Vista:

M. Trujillo 427 bolsas, Tarancó y Cia. 144, Total: 571 bolsas.

Mats.

Por Estación Central:

J. Granara y Cia. 25, Vda. Ague-

Total: 154, Total: 179 bolsas.

Por vía fluvial:

A. Zaglio Hnos. 1017 bolsas.

Lana

F. B. Helguera 4, bolsas, Vda. de M. Rodríguez 6 idem, II. Beramendi y Cia. idem, Diego Alvarez y Cia. 9 idem, A. Recasena 43 idem. Total 986 bolsas.

Otros Productos

A. Jileson 67 crs saldos, 1 id potro, 1 id becerros, A. Bonilla 2 id lanares, 8 idm idem, 200 crs ves secos, 2 idm potro, Tarancó y Cia. 111 idls y 26 idm lanares, 120 crs ves secos, 1 id potro, 5 idls becerros, G. C. Delich 4 idls lanares, 5 crs ves secos, Vda. de M. Rodríguez 2 id lanares, 20 crs ves secos, 1 id lanares, 2 id potro, 1 idm idem, 100 crs ves secos, 1 idm lanares, 225 crs ves secos, 1 id becerro, L. San Martín 13 idls lanares, 7 crs ves secos, 1 id potro, A. Gallinal 12 idls lanares 180 crs ves secos, 2 id potro, 1 id becerro, 3 bolas cerda, Diego Alvarez y Cia. 12 idlanares, 9 fardos id 237 crs ves secos, 5 id potro, A. Recasena 42 idls lanares, 267 crs ves secos, 111 id potro, 82 crs ves secos, 21 bolas cerda, Vda. de Aguirre 15 bol-

sas cerda.

Totales de varios productos.

Productos

Por Estación Central:

1453 crs ves secos, 88 idm id salados, 5 crs 120 idm y 52 idm lanares, 27 crs potro 88 crs becerros, 17 idm id, 44 bolsas de cerda, 205 bolas aveña, 27 crs pasta, 1500 bolas papas, 40 idm pototos, 252 idm alfalfa.

TABLADA

SITUACIÓN DEL MERCADO

COCHERIA DEL CARMEN

Los negocios de ayer

Compañía Swift de Montevideo

No vivos — 132, 137, 140, 143, 145, 150, 156, 163 y 168.

Frigorífico Artigas

Bueyes — 125, 130, 135, y 145.

No vivos — 140, 150 y 155.

Fábrica de Ferres

Vacas — 91 y 107.

Fábrica de Rapallini

Vacas — 83.

Abasto

Bueyes — 133.

Vacas — 50, 100, 102, 105, 109, 110, 112, 120, 121, 123, 124, 130, 138.

Terneros — 117, 120.

Las entradas de este día tuvieron el siguiente reparto:

Compradores Reses

Frigorífico Artigas . . . . . 934

Abasto . . . . . 709

Frigorífico Uruguayo . . . . . 57

Fábrica de Ferrés . . . . . 140

Fábrica de Rapallini . . . . . 43

Interior . . . . . 356

Servicio particular . . . . . 5

Retiradas sin vender . . . . . 467

Total . . . . . 3610

Como lotes especiales anotamos los siguientes:

De Durazno: De C. Almeda, 50 novillos cruzas con peso de 630 kilos a 163 milésimos \$ 105 84 y 4 novillos cruzas con peso de 630 kilos a 15 centésimos \$ 94 50.

De Flores: De F. Lahurnaga, 37 bueyes cruzas con peso de 711 kilos a 145 milésimos \$ 103 09 y 29 bueyes cruzas con peso de 613 kilos a 125 milésimos \$ 80 37.

De Tacuarembó: De J. V. Olazo 95 novillos cruzas con peso de 583

bró vagamente, como en el fondo de un abismo, un hacinamiento de techos de pizarra y de báculo, entre los cuales elevaba un agudo campanario.

Entonces algunos árboles achaparrados aparecieron en los taludes, alternando con setos de aligas que servían de linderos a hachas sembradas de cébada o de trigo sarraceno. Después, a los lados del camino comenzaron a surgir viviendas. Leandro podía distinguir aún las puertas con arco de piedra. Ante una de ellas lucían malvas rosas, de color rojo intenso, y girasoles rutilantes.

Leandro había visitado dos o tres veces aquel pueblo. Un domingo asistió a la misa mayor en la iglesia gótica, construida en el siglo décimoquinto por ciertas personas que vivían en el campo.

Algunas de ellas eran personas de la alta sociedad de la época.

Leandro se acostumbró a la vida rural y a la belleza de la naturaleza.

Leandro se acostumbró a la vida rural y a la belleza de la naturaleza.

Leandro se acostumbró a la vida rural y a la belleza de la naturaleza.

Leandro se acostumbró a la vida rural y a la belleza de la naturaleza.

Leandro se acostumbró a la vida rural y a la belleza de la naturaleza.

Leandro se acostumbró a la vida rural y a la belleza de la naturaleza.

Leandro se acostumbró a la vida rural y a la belleza de la naturaleza.

Leandro se acostumbró a la vida rural y a la belleza de la naturaleza.

Leandro se acostumbró a la vida rural y a la belleza de la naturaleza.